

LA CONVERSIÓN ECOLÓGICA, HACIA UN NUEVO ESTILO DE VIDA*

Arturo BELLOCQ MONTANO
Profesor de Teología Moral
Pontificia Universidad de la Santa Cruz (Roma)

Muchas cosas tienen que reorientar su rumbo, pero ante todo la humanidad necesita cambiar. Hace falta la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos. Esta conciencia básica permitiría el desarrollo de nuevas convicciones, actitudes y formas de vida. Se destaca así un gran desafío cultural, espiritual y educativo que supondrá largos procesos de regeneración¹.

Con este breve párrafo inicia el sexto y último capítulo de la encíclica *Laudato si'* del Papa Francisco. En realidad, su brevedad esconde una riqueza y una profundidad notables, unidas a una llamada urgente a la acción educativa y evangelizadora.

Si tuviera que definir con una sola palabra este documento pontificio, personalmente elegiría esta: *ambicioso*. Ciertamente, el término puede tener una connotación negativa cuando se predica de alguien que desea ardientemente la riqueza, el poder o la fama, y que aprovecha cualquier circunstancia para obtener una ventaja para sus propios intereses egoístas. Sin embargo, como es evidente, no es éste el significado al que me refiero aquí. La *ambición* de este documento —y de su autor— es la de aprovechar la creciente sensibilidad ecológica de nuestros contemporáneos para plantear un desafío que va mucho más allá de las preocupaciones estrictamente ecológicas o económicas, por muy nobles que sean: se trata de un “gran desafío cultural, espiritual y educativo que supondrá largos procesos de regeneración” (202). Veamos en qué consiste.

“La crisis ecológica es una eclosión o una manifestación externa de la crisis ética, cultural y espiritual de la modernidad” (119). Es una de las ideas centrales de la encíclica, un estribillo que se repite varias veces a lo largo del texto, y que nos ayuda a abrir los ojos ante la ilusión de que bastarían unas cuántas leyes más estrictas en materia de emisiones de CO₂ o de protección de áreas verdes y especies en extinción para que se solucione la *cuestión ecológica*. Por muy necesarias que sean las medidas técnicas, a una crisis con raíces morales y culturales solo se puede responder plenamente con una “profunda conversión interior” (217) de las personas: desde los hombres de poder, cuyas decisiones influyen sobre varios millones de habitantes, hasta la multitud de simples ciudadanos, cuyas decisiones cotidianas construyen la cultura de una sociedad.

Este es el “gran desafío cultural, espiritual y educativo” al que Francisco nos llama en esta hora: emprender cada uno de nosotros —y ayudar a emprender a nuestros contemporáneos— un camino de *conversión*. Para ello es necesario “el desarrollo de nuevas convicciones, actitudes y formas de vida”, que arrancan de la “conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos” (202), algo que hoy ha sido olvidado por mucha gente.

Un nuevo estilo de vida no se puede imponer por ley, debe ser el fruto de un *cambio de convicciones y motivaciones personales*, de una verdadera conversión. Esta es, en mi opinión, la gran tarea a la que está llamada la acción evangelizadora en este momento, y para la que *Laudato si'* ofrece las pistas fundamentales.

Artículo publicado en la Revista «Teología y Catequesis» 136 (2016/3), pp. 103-121.

¹ FRANCISCO, Enc. *Laudato si'*, 24-V-2015, n. 202. Citamos todos los documentos del Magisterio según la traducción al español del sitio oficial de la Santa Sede (www.vatican.va). En adelante, las citas de *Laudato si'* las haremos en el cuerpo del artículo, con el número del documento entre paréntesis.

El recorrido que propongo en estas páginas tiene cuatro partes: primero explicaré el concepto de *conversión ecológica* como un cambio en las convicciones personales; luego estudiaré cuáles son las convicciones hoy dominantes, que son las que hay que cambiar; en tercer lugar veremos cuáles son las nuevas convicciones que exige la conversión a la que nos llama el Papa, y que son capaces de generar un nuevo estilo de vida; finalmente emergerán algunas propuestas concretas sobre cómo la Iglesia, en su acción evangelizadora, puede ayudar a sus hijos en este camino de conversión.

1. La conversión como cambio de convicciones

La *conversión* es uno de los temas centrales del mensaje de Jesús en el Nuevo Testamento: “Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio” (Mc 1,15).

El término griego generalmente usado por el texto bíblico es *metánoia*, que hace referencia a un cambio de la mente (*noûs*) que alcanza el sentimiento, el querer y el mismo pensar². La conversión inicia por un cambio en nuestras convicciones: las ideas sobre las cuales construimos nuestros razonamientos, tomamos nuestras decisiones o valoramos las consecuencias de una acción.

Diría que este es el primer objetivo de *Laudato si'* en cuanto documento que “se agrega al Magisterio social de la Iglesia” (15). Como parte de la misión de enseñar de la Iglesia —*munus docendi*— la doctrina social no pretende ofrecer diagnósticos o soluciones técnicas a los problemas, para lo cual la fe no le da una competencia específica; ni tampoco tiene el cometido inmediato de crear un orden social justo, pues esta tarea corresponde a la política³. Como explica J. L. Illanes, la doctrina social de la Iglesia tiene el objetivo de *enseñar a pensar* los problemas sociales de un modo en vez de otro, recordando algunas verdades sobre Dios, sobre el hombre y sobre el mundo, que deberían estar presentes en los razonamientos de los políticos, empresarios, organizaciones internacionales, etc. y que sin embargo muchas veces no lo están⁴.

El Papa Francisco se refiere muchas veces a esta nueva capacidad de *pensar* los problemas sociales que es necesario generar en nuestros contemporáneos: “Hay un modo de *entender* la vida y la acción humana que se ha desviado y que contradice la realidad hasta dañarla. ¿Por qué no podemos detenernos a *pensarlo*?” (101)⁵. Es justamente esto lo que quiere enseñarnos el Papa como maestro de la fe, “porque lo que el Evangelio nos enseña tiene consecuencias en nuestra forma de pensar, sentir y vivir” (216). Sólo cambiando nuestras convicciones podremos generar una sensibilidad que nos permita entender la dimensión de los problemas sociales de nuestra época, y entonces seremos capaces de cambiar nuestro modo de vivir.

Que la conversión sea *ecológica* no quiere decir que se limite a aquellos aspectos que tienen que ver con el cuidado del medio ambiente: la ecología a la que se refiere el Papa es siempre la “ecología integral”, que atiende ciertamente al cuidado del ambiente, pero como

² Cfr. J. BEHM, “μετανοέω, μετάνοια”, en: G. KITTEL – G. FRIEDRICH (eds.), *Grande Lessico del Nuovo Testamento* VII (Brescia 1971) col. 1106-1120 (A) y 1169-1188 (E). Como señala este autor, si bien el origen griego del término hace referencia a un cambio en las ideas y en las obras, el concepto ético-religioso de la Biblia es mucho más rico, e implica una transformación profunda de la orientación de la vida (cfr. col. 1119-1120).

³ Cfr. BENEDICTO XVI, Enc. *Deus caritas est*, 25-I-2006, nn. 25-29 y un comentario a esos números de la encíclica en A. BELLOCQ MONTANO, *La Doctrina Social de la Iglesia. Qué es y qué no es* (Valencia-Roma 2012) 382-408.

⁴ Cfr. J.L. ILLANES, “La doctrina social de la Iglesia como teología moral”: *Scripta Theologica* 24 (1992) 839-876.

⁵ Pero cfr. también los nn. 13, 33, 50-51, 61, 79, 125, 137, 159, 164, 190, 197, 201, 212, 231, donde el Papa invita a *pensar* de otro modo los problemas sociales.

la *punta del iceberg* de todo un discurso sobre las relaciones del hombre con la creación material, con las demás personas y con Dios; en definitiva sobre la conciencia del hombre acerca de sí mismo, del “sentido del propio paso por esta tierra” (160)⁶. Por eso el documento es *ambicioso*, porque no pretende solo paliar los síntomas de la crisis ambiental sino llegar a su raíz en el corazón del hombre, a sus convicciones más profundas, llamando a las cosas por su nombre, desenmascarando los subterfugios de su egoísmo y animando a emprender un “cambio de rumbo” (163) con el optimismo propio de la esperanza cristiana.

Por este mismo motivo, en un escrito sobre la conversión y los nuevos estilos de vida, no podemos limitarnos a dar una lista de *buenas prácticas* personales o comunitarias de ecología: es necesario acompañar al Papa Francisco hasta las raíces mismas del problema para así ser capaces de entender la magnitud real de la conversión que nos propone⁷.

La propuesta de la encíclica para guiar nuestra conversión es doble: nos muestra cuál es el modo de pensar que es necesario cambiar, y además nos ofrece las ideas fundamentales del nuevo modo de pensar y de actuar que Dios espera de nosotros. El texto papal no lo propone en este orden sino al revés: en el capítulo 2 (y en algunas partes de los capítulos 4 y 6) recuerda las verdades de la fe sobre la creación y la vocación del hombre en el mundo, y en el capítulo 3 explica las raíces de la crisis actual, caracterizada por la lógica tecnocrática que es necesario cambiar. Sin embargo, nos parece que aquí es más útil presentar primero el problema para luego dar algunas orientaciones acerca de la solución.

2. Las convicciones que hay que cambiar: el “paradigma tecnocrático”

Con este término, poco usual en los documentos del Magisterio pero que ya se ha hecho famoso, el Papa se refiere a la mentalidad de nuestros contemporáneos que “se ha desviado” y que es necesario cambiar. Todo el capítulo 3 de la encíclica es una explicación y una crítica a este modo de pensar y de actuar, que por desgracia afecta también a los cristianos.

En realidad, *paradigma tecnocrático* es un modo sofisticado para hablar del egoísmo, del individualismo que siempre ha existido en la historia del hombre, pero que en nuestros días se presenta con unas manifestaciones particulares, pues ahora *se ha hecho cultura*. En pocas palabras, se podría definir como una “lógica” que busca satisfacer los intereses inmediatos —generalmente egoístas, como el poder, la avaricia, etc., caracterizados por *tener más* antes que por *ser más*— instrumentalizando arbitrariamente todo aquello que sirve para saciarlos: la naturaleza física, las demás personas, las instituciones, o lo que sea. Cuando *instrumentalizamos*, usamos algo sin tener en cuenta los efectos de nuestra acción sobre el instrumento, lo consideramos un simple objeto o un número en una planilla, a la completa disposición de nuestros deseos y conveniencias. Cuando los instrumentos son otras personas o bienes que tienen que ver con las personas, esta lógica causa grandes injusticias, como las que vemos todos los días.

Por este motivo Francisco nos recuerda que no estamos frente a “dos crisis separadas, una ambiental y otra social” (139), sino que es una sola crisis, en la que “una misma lógica” (123,

⁶ En mi opinión, este número es el *corazón* de la encíclica, pues logra reconducir todos los argumentos que ha tratado a lo largo del texto a la pregunta fundamental sobre el sentido de nuestra existencia. Una explicación más extensa del concepto de *conversión ecológica* como expresión de una *ecología integral*, que reconoce todos los aspectos humanos y teológicos de la crisis, se encuentra en P.K.A. TURKSON, “La conversión ecológica”, en: F. CHICA ARELLANO – C. GRANADOS GARCÍA (eds.), *Loado seas, mi Señor. Comentario a la encíclica Laudato si’ del papa Francisco* (Madrid 2015) 21-38.

⁷ *Laudato si’* constata que hoy por hoy la “educación ambiental”, como desafío educativo, busca “recuperar los distintos niveles del equilibrio ecológico: el interno con uno mismo, el solidario con los demás, el natural con todos los seres vivos, el espiritual con Dios” (210).

175) domina nuestros razonamientos y nuestras decisiones, nos lleva a maltratar la tierra y a maltratar al prójimo: es la lógica del interés egoísta⁸.

El *interés egoísta* es distinto del legítimo interés personal del que quiere que las condiciones de vida suyas, de su familia, de su empresa o de su país mejoren. El interés egoísta es un interés desordenado. Juan Pablo II lo describe magistralmente en los números que su encíclica *Centesimus annus* dedica al fenómeno del consumismo contemporáneo⁹, cuando dice que consiste en *subordinar las dimensiones interiores y espirituales a las materiales e instintivas*. Esto genera “hábitos de consumo y estilos de vida objetivamente ilícitos” pues, si el instinto no está subordinado a los valores espirituales, fácilmente dejamos de movernos por la verdad y el bien y comenzamos a actuar según la soberbia, la avaricia, la ira, la pereza y los demás vicios. Y es fácil que el desorden interior se convierta en desorden exterior, que nos lleva a satisfacer estos deseos desordenados aun a costa del injusto perjuicio del ambiente¹⁰ e, incluso más grave, de las demás personas¹¹. Es la existencia de un hombre que “está orientado a tener y no a ser, y que quiere tener más no para ser más, sino para consumir la existencia en un goce que se propone como fin en sí mismo”¹².

El Papa Francisco usa varias expresiones para tratar de definir este fenómeno: “inmediatismo egoísta”, “profundo individualismo” (162), “alegre superficialidad” (229), “indiferencia consumista” (232), “consumismo extremo” (50), y un largo etcétera. Quizá donde venga mejor descrito sea cuando habla del “relativismo práctico” (122-123), esa actitud que lleva al individuo a colocarse a sí mismo en el centro, dando prioridad absoluta a sus conveniencias circunstanciales, donde todo se vuelve irrelevante si no sirve a los propios intereses inmediatos. Ya no se trata solo de poner al *hombre* en el lugar de Dios: esto sería un *antropocentrismo*, todavía compatible con algunas formas de filantropía y solidaridad humana, como se ve en algunas sociedades incluso fuertemente secularizadas. El *egoísmo* pone al propio *yo* en el lugar de Dios (224), para hacer y deshacer según la propia conveniencia.

Las consecuencias de esta mentalidad son el aprovecharse de los demás y tratarlos como meros objetos, utilizándolos cuando sirven para los propios intereses o descartándolos cuando ya no sirven. No tenemos que pensar necesariamente en delitos aberrantes como los que enumera el Papa¹³; basta con echar una mirada a nuestra vida cotidiana y ver cómo se divierten tantos jóvenes los fines de semana, cómo se maltrata o se engaña a las personas en tantos ambientes de trabajo para lograr más resultados económicos, qué poco se aprecian la fidelidad matrimonial y la estabilidad de la familia, e incluso cómo conduce la gente en algunas ciudades.

⁸ Para la siguiente explicación retomo, con algunas adaptaciones, lo que escribí en las partes 3 y 4 de “El destino común de los bienes”, en: CHICA ARELLANO – GRANADOS GARCÍA, 301-309.

⁹ Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Centesimus annus*, 1-V-1991, nn. 36-41. *Laudato si'* contiene 7 referencias a estos números.

¹⁰ Cfr. *Ibíd.*, n. 37.

¹¹ Cfr. *Ibíd.*, n. 38.

¹² *Ibíd.*, n. 36.

¹³ La descripción de las consecuencias de esta mentalidad es tan alarmante como lamentablemente actual: “La cultura del relativismo es la misma patología que empuja a una persona a aprovecharse de otra y a tratarla como mero objeto, obligándola a trabajos forzados, o convirtiéndola en esclava a causa de una deuda. Es la misma lógica que lleva a la explotación sexual de los niños, o al abandono de los ancianos que no sirven para los propios intereses. Es también la lógica interna de quien dice: ‘Dejemos que las fuerzas invisibles del mercado regulen la economía, porque sus impactos sobre la sociedad y sobre la naturaleza son daños inevitables’. Si no hay verdades objetivas ni principios sólidos, fuera de la satisfacción de los propios proyectos y de las necesidades inmediatas, ¿qué límites pueden tener la trata de seres humanos, la criminalidad organizada, el narcotráfico, el comercio de diamantes ensangrentados y de pieles de animales en vías de extinción? ¿No es la misma lógica relativista la que justifica la compra de órganos a los pobres con el fin de venderlos o de utilizarlos para experimentación, o el descarte de niños porque no responden al deseo de sus padres? Es la misma lógica del ‘usa y tira’, que genera tantos residuos sólo por el deseo desordenado de consumir más de lo que realmente se necesita” (123).

Cuando esta mentalidad se generaliza y afecta a personas, familias, empresas, países, etc. se transforma en cultura, en la *cultura del descarte*, de la que habla el Papa con tanta frecuencia: nuestra sociedad en su conjunto *descarta* algunas categorías de personas *incómodas*: niños —en especial los no nacidos—, ancianos, pobres, etc., porque hacernos cargo de ellos contradice nuestros intereses egoístas. Así, el “egoísmo colectivo” (204) hecho cultura, engendra a su vez más y más personas egoístas para las que ideas como el bien común, la solidaridad, la honestidad, etc. ya no forman parte de su horizonte; en sus decisiones cotidianas ya no existe “la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos” (202): cada uno *va a lo suyo*, sin importarle el resto, y sin importarle perjudicar injustamente a los demás y a la tierra con tal de satisfacer su comodidad.

Solo una libertad más fuerte que la propia es capaz de frenar la lógica del egoísmo, donde todo me está permitido hasta que alguien me lo impida y sólo por el hecho de que me lo impide, no porque yo *deba* limitar mi libertad de alguna manera. Por este motivo, la lógica del egoísmo es intrínsecamente violenta, y todos somos testigos del “crecimiento de la violencia y el surgimiento de nuevas formas de agresividad” (46) en nuestras sociedades.

Como es evidente, no sólo se da este tipo de egoísmo en la vida privada de los individuos: su dinámica penetra también el mundo de la economía, donde la maximización de la ganancia “tiende a aislarse de toda otra consideración” (195) y genera graves inequidades¹⁴; como también penetra el mundo de la política, donde el “inmediatismo” lleva a pensar sólo en los resultados electorales de corto plazo para conservar el poder, y entonces ya no se obra por grandes principios y pensando en el bien común a largo plazo (178)¹⁵. El problema, por tanto, no es ni el libre mercado, ni la manipulación genética, ni las grandes multinacionales, sino el avance de esta “lógica” que transforma el egoísmo en la única ley y la libertad arbitraria en el único legislador: el problema está en el *corazón humano* (2).

Pero, ¿de dónde proviene el avance de esta lógica? Porque gente egoísta la habido siempre. Además, en ninguna época de la historia y en ningún lugar han faltado las injusticias. Y sin embargo la crisis actual en parte es distinta, porque antes la cultura tenía más recursos para poder *reconocer* la injusticia y el egoísmo como tales. Hoy ya no es así para mucha gente, pues se ignoran o se niegan las verdades fundamentales sobre Dios, el hombre y el mundo, e incluso la misma existencia de “verdades objetivas” y de “principios universalmente válidos” (123) que nos permitan reconocer las desviaciones como lo que son. La crisis ética y cultural de nuestros días es, ante todo, una *crisis en torno a la verdad*¹⁶.

De gran importancia, por tanto, son las referencias que el Papa Francisco hace al magisterio de su predecesor:

El Papa Benedicto nos propuso reconocer que el ambiente natural está lleno de heridas producidas por nuestro comportamiento irresponsable. También el ambiente social tiene sus heridas. Pero *todas ellas se deben en el fondo al mismo mal*, es decir, *a la idea de que no existen verdades indiscutibles que guíen nuestras vidas, por lo cual la libertad humana no tiene límites*. Se olvida que “el hombre no es solamente una libertad que él se crea por sí solo. El hombre no se crea a sí mismo. Es espíritu y voluntad, pero también naturaleza” (*Discurso al Deutscher Bundestag*, Berlín, 22-IX-2011). Con paternal preocupación, nos invitó a tomar conciencia de que la creación se ve perjudicada “donde nosotros mismos somos las últimas instancias, donde el conjunto es simplemente una propiedad nuestra y el consumo es sólo para nosotros mismos. El derroche de la creación comienza donde no reconocemos ya ninguna instancia por encima de nosotros, sino que sólo nos vemos a nosotros mismos” (*Discurso al clero de la Diócesis de Bolzano-Bressanone*, 6-VIII-2008)¹⁷.

¹⁴ Fuertes son las críticas del Papa a este tipo de economía (cfr. 54, 109, 190, 194-195).

¹⁵ No menos fuertes son las palabras del Papa contra esta perversión de la política (cfr. 57, 178, 181, 196-197).

¹⁶ La expresión original es de JUAN PABLO II, Enc. *Veritatis splendor*, 6-VIII-1993, n. 32.

¹⁷ La cita es del n. 6 de *Laudato si'*. Los resaltados son nuestros.

La cita es larga, pero vale la pena leerla con detenimiento. En ella se explica que el hombre de hoy es egoísta porque tiene la convicción —quizá no teórica, pero sí práctica— de que su libertad no tiene límites, no tiene una ley o dirección que le señale su plenitud: el hombre debe *crear* continuamente una dirección para su libertad si quiere ser feliz. Pero esta actitud es la consecuencia lógica de un hombre que en la práctica ha cancelado a Dios de su horizonte, y por lo tanto se ha vuelto la “última instancia”. Quizá sigue aceptando teóricamente que existe algo llamado Dios, pero en los hechos vive como si Dios no existiera, esa verdad —y todas las que se desprenden de ella— simplemente no entran en la “lógica” con la que toma sus decisiones.

En el *Discurso al clero de la Diócesis de Bolzano-Bressanone* de Benedicto XVI al que se refiere Francisco, unas líneas antes de la cita que aquí recoge, el Papa emérito se expresaba con gran claridad: “El consumo brutal de la creación comienza donde no está Dios”. En efecto, sin Dios el mundo no es *creación*, ni la creación es un *don* para el hombre, ni el hombre es *administrador* de nada, sino dueño, sin nadie ante quien responder más allá de su propia libertad sin ley, y entonces en los demás seres humanos solo verá clientes o proveedores de los más variados servicios, verá aliados o rivales, y en la naturaleza física solo verá “lo informe totalmente disponible para su manipulación” (106).

Por eso, en este mismo *Discurso*, Benedicto XVI afirmaba que

la creación se sentirá liberada cuando vengan criaturas, hombres que son hijos de Dios y que la tratarán *desde Dios*. Yo creo que es precisamente esto lo que nosotros podemos constatar como realidad: la creación gime —lo percibimos, casi lo sentimos— y espera personas humanas que la miren *desde Dios*. (...) Creo que sólo se pueden realizar y desarrollar, comprender y vivir, instancias verdaderas y eficaces contra el derroche y la destrucción de la creación donde la creación se considera *desde Dios*, donde la vida se considera *desde Dios* y tiene dimensiones mayores, en la responsabilidad *ante Dios*.

La conversión que propone Francisco en *Laudato si'*, en su sentido más profundo, apunta a que miremos y tratemos la creación *desde Dios* y, por tanto, a que seamos conscientes de la responsabilidad real que tenemos *ante Dios* en nuestro paso por esta tierra. Las *convicciones* que articulan esta responsabilidad son las que el Papa “recuerda” en la encíclica —pues forman parte del patrimonio de la fe cristiana—, y son también las que la acción evangelizadora de la Iglesia está llamada a transmitir eficazmente a sus hijos y a todos los hombres de nuestro tiempo, para poder superar la lógica del egoísmo.

3. Las convicciones para un nuevo estilo de vida: “somos las manos de Dios”

En la ciudad de Münster, en Alemania, hay una iglesia que conserva en una de sus capillas laterales un crucifijo al que le faltan los brazos. La escultura estaba completa cuando fue puesta allí en 1929, pero durante los bombardeos de la ciudad en la segunda guerra mundial la imagen del Cristo perdió ambos brazos. Cuando reconstruyeron la iglesia, los fieles y las autoridades quisieron dejar así la imagen, y la colocaron en una cruz de madera donde en el lugar de los brazos hay una inscripción que dice: “No tengo otras manos que las vuestras”¹⁸.

Esta sencilla anécdota me parece ilustrativa del camino de conversión que nos propone Francisco. En efecto, también el Papa afirma que “estamos llamados a ser los instrumentos del Padre Dios para que nuestro planeta sea lo que él soñó al crearlo y responda a su proyecto de paz, belleza y plenitud” (53). La idea de que los hombres, cada uno, somos *instrumentos de Dios* para que sus planes se realicen en la historia, es en mi opinión la idea que concentra todo el discurso sobre la ecología integral, y por tanto la *convicción principal*

¹⁸ La inscripción original es: “ICH HABE KEINE ANDEREN HAENDE ALS DIE EUEREN”. Se trata de la iglesia de San Ludgero, de la que se puede encontrar mucha información en alemán en la web. Rezando ante este crucifijo la joven Edith Stein se decidió a entrar en el Carmelo.

que la Iglesia está llamada a comunicar y realizar si quiere generar nuevos estilos de vida. En esta sección veremos cuáles son las enseñanzas de *Laudato si'* que dan forma a esta convicción y sugieren pistas para transmitirla eficazmente. Por ser verdades tan esenciales a nuestra fe, al leerlas nos parecerán casi evidentes. Y sin embargo, somos testigos de cuán poco operativas son en la vida de tantos cristianos, incluso de nosotros mismos¹⁹.

La primer enseñanza que recuerda la encíclica es que *Dios es el creador de todas las cosas*. Esta verdad ilumina el sentido del mundo en que vivimos y de nuestra relación con él:

Para la tradición judío-cristiana, decir “creación” es más que decir naturaleza, porque tiene que ver con un *proyecto del amor de Dios* donde cada criatura tiene un valor y un significado. La naturaleza suele entenderse como un sistema que se analiza, comprende y gestiona, pero la creación sólo puede ser entendida como un don que surge de la mano abierta del Padre de todos, como una realidad iluminada por el amor que nos convoca a una comunión universal (76).

En este denso párrafo se explica que el mundo material, con todas sus criaturas, no es simplemente *algo que está allí afuera y que un buen día nos hemos encontrado*, “un bien sin dueño” (89), que no pertenece a nadie y que por lo tanto está completamente a nuestra disposición, como pretende el paradigma tecnocrático. El mundo es de Dios y él lo ha creado con un orden maravilloso y con una finalidad determinada, que son fruto de su sabiduría y de su amor. Por eso afirma el Papa que el mundo forma parte del “proyecto de amor de Dios” para con todas las criaturas. Un proyecto es un plan con una dirección: Dios tiene sus planes para el mundo, lo ha creado *para algo*, y lo ha creado *para todos*.

La segunda verdad que nos trasmite la teología de la creación es que *el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios*. Ser “imagen y semejanza” de Dios (cfr. Gén 1,26) no solo quiere decir que el hombre es inteligente y libre como su Creador, a diferencia de los demás seres materiales; sino que además está llamado a *hacer las veces de Dios* en la tierra.

En efecto, esta segunda verdad está íntimamente relacionada con la tercera: *el mundo ha sido confiado por Dios al hombre*, es un *don*. De alguna manera, Dios “se retira” del mundo para dejar allí al hombre haciendo sus veces²⁰, con la esperanza de que el hombre haga lo que Él mismo habría hecho. Así, cuando Dios entrega al hombre la creación no sucede como con un regalo que después de hacerse deja de interesar al que lo hizo. Dios se interesa por el hombre y por el mundo, porque no lo ha dado sólo a los primeros hombres, lo ha dado a todos los hombres de todos los tiempos, y lo ha dado para que todos sean felices. Por eso ha dicho al hombre que debe trabajar y cuidar el jardín del mundo (cfr. Gén 2,15), significando que debe custodiarlo, protegerlo; dominarlo sí, pero según el plan de Dios, un plan que incluye la felicidad de todos los hombres.

Por este motivo el hombre puede decirse legítimamente “señor” del universo, pero teniendo en cuenta que la “forma correcta” de interpretar esta soberanía es con la idea del “administrador responsable” (116). Esta es la cuarta verdad que articula nuestra vocación de hijos de Dios en el mundo. El concepto de *administrador* es fundamental para entender la relación del hombre con las demás criaturas, pues implica que no es el dueño absoluto de lo que administra y que por tanto debe administrar los bienes que se le han confiado *según la voluntad de su dueño*²¹. Esto no quita nada de libertad al buen administrador, simplemente lo pone en su lugar, le da un *sentido* a su libertad: sólo siguiendo la voluntad de su dueño puede administrar *bien* lo que se le ha confiado. Si además consideramos que ese dueño es Dios y que su voluntad sapientísima es el bien universal, no cabe duda de que *administrar la creación según la voluntad de Dios* es el único modo de administrarla *bien*.

¹⁹ A continuación retomo algunas ideas de la parte 2 de “El destino común de los bienes”, 294-296.

²⁰ La expresión es de E. DAL COVOLO, “Una sfida educativa”, en: *Laudato si'. Un aiuto alla lettura* (Città del Vaticano 2016) 96-97.

²¹ Cfr. PONTIFICIO CONSEJO JUSTICIA Y PAZ, *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* (Città del Vaticano 2005), nn. 456-460, donde se explica con más detenimiento la condición del hombre como “administrador” del mundo y “colaborador” de Dios.

Pero hay algo más. Al ser el hombre imagen y semejanza de Dios, su razón *participa* de la misma sabiduría de Dios. Esto quiere decir que el bien del hombre, su mayor felicidad, consiste en actuar según la ley de Dios, que es la misma ley que lleva escrita en su corazón y que le muestra el camino de su propia perfección. Por eso, otra de las grandes “convicciones de la fe” que iluminan todo nuestro actuar, la quinta en este recorrido, es que *cuando el hombre actúa según la ley de Dios, actúa según la ley de su propia felicidad* —aunque esto algunas veces suponga sacrificios o contradiga sus intereses egoístas— y por tanto es absurdo para el hombre reivindicar una libertad *respecto de* la ley de Dios²².

Resumiendo, podríamos decir que Dios tiene sus planes para el mundo y para cada persona, pero no quiere realizarlos directamente. Aunque suene paradójico, Dios *quiere necesitar* de nosotros: somos sus hijos los que tenemos que llevar adelante sus planes, transformando el mundo como Él espera. Somos verdaderamente *las manos de Dios*, hasta tal punto que muchas veces —como reza la inscripción del crucifijo de Múnster— “no tiene otras”: si nosotros no lo hacemos, nadie lo hará. La libertad que Dios nos ha dado es una cosa muy seria, tanto que por respetarla está dispuesto a contemplar cómo “la humanidad ha defraudado las expectativas divinas” (61, citando a Juan Pablo II). Nuestra libertad tiene una dirección y un sentido: por eso el egoísmo es una mentira y un fracaso, y por eso la santidad personal siempre va acompañada de la mayor felicidad.

Somos las manos de Dios. En esto consiste la “inmensa dignidad” (65) de los hijos de Dios, y también su “tremenda responsabilidad” (90) para con la creación y sobre todo para con los demás hombres. Y es ahora cuando tenemos que preguntarnos: ¿cuántos cristianos son realmente conscientes de esta dignidad y de esta responsabilidad? ¿cuántos se saben depositarios de toda esta confianza por parte de Dios, que *quiere necesitar* de ellos para realizar sus planes en el mundo? ¿cuántos han entendido que cada acción suya construye o destruye la felicidad de las personas que tienen alrededor, en vez de pensar que Dios solo se fija en sus acciones cuando son heroicas o cuando son pecado? ¿cuántos cristianos, antes de tomar una decisión, piensan si Cristo en su lugar habría actuado así? ¿cuántos están convencidos de que son capaces de hacerlo —aun en medio de grandes dificultades— o de que solo serán felices cuando vivan así?

Sin estas *convicciones* de fondo es inútil hablar de reciclar papel, usar energía solar o dedicar unas horas al voluntariado, porque faltarían “las grandes motivaciones que hacen posible la convivencia, el sacrificio, la bondad” (200). En el capítulo 6 del documento, el Papa hace una llamada urgente a cambiar los estilos de vida (203-208), pues es evidente que muchos de ellos nos están haciendo daño. Sin embargo, advierte que todo sería efímero sin un *camino educativo* (209-215) que genere hábitos —no en el sentido de meras costumbres mecánicas, sino de “sólidas virtudes” (211) que configuren la personalidad, sus modos de pensar y de actuar. Para ello es necesario que los diversos comportamientos concretos que podemos proponer en nuestra tarea educativa vayan acompañados por las “profundas motivaciones” (211) que los animan. La más importante y la que *hace posible* todas las demás es la superación del egoísmo:

La actitud básica de autotrascenderse, rompiendo la conciencia aislada y la autorreferencialidad, es *la raíz que hace posible* todo cuidado de los demás y del medio ambiente, y que hace brotar la reacción moral de considerar el impacto que provoca cada acción y cada decisión personal fuera de uno mismo. Cuando somos capaces de superar el individualismo, realmente se puede desarrollar un estilo de vida alternativo y se vuelve posible un cambio importante en la sociedad (208).

²² Este es uno de los puntos fuertes de la Enc. *Veritatis splendor* (1993) nn. 31-53. Siguiendo a Sto. Tomás de Aquino, allí se explica la naturaleza de la ley moral como participación de la ley divina (*teonomía participada*), lo cual se aleja tanto de la *autonomía moral* —cuando el hombre se cree capaz de decidir sobre el bien y el mal—, como de la *heteronomía moral* —cuando se presenta la ley moral como una imposición del superior, sin atender al propio deseo de plenitud. Una explicación detallada se puede encontrar en M. RHONHEIMER, “Autonomía y teonomía moral según la encíclica *Veritatis splendor*”, en: G. DEL POZO ABEJÓN (ed.), *Comentarios a la «Veritatis splendor»* (Madrid 1994) 543-578.

4. Caminos para transmitir las convicciones

Laudato si' no solo explica en qué consiste la conversión ecológica; contiene también una urgente llamada a la acción educativa y evangelizadora para que sea una realidad en la vida de muchas personas. Cada agente educativo tiene que interrogarse cómo trasmite este espíritu de generosidad basado en la convicción de que *somos las manos de Dios*.

Ciertamente, todos estos conceptos se pueden explicar en homilías o clases teóricas a diversos niveles. Sin embargo, un camino educativo necesita incluir también “intensas experiencias espirituales” (232), de forma que esta *nueva lógica* —que en realidad es vieja como el Evangelio— pueda calar en las personas de modo vivencial. Cuando la experiencia es convenientemente acompañada, dando las debidas motivaciones y enseñando a reflexionar sobre ellas, es más fácil y eficaz transmitir las convicciones que son capaces de generar nuevos estilos de vida.

En este sentido, el capítulo 6 de *Laudato si'* ofrece sugerencias valiosas y concretas, que cada uno deberá adaptar al ámbito educativo de que se trate (familia, escuela, asociaciones, ambiente de trabajo, legislación civil, catequesis, etc.). Sin pretensión de ser exhaustivo ni de sustituir la lectura directa de estos números, menciono algunas de las que aparecen en el documento y que en mi opinión tienen un gran valor educativo.

En primer lugar, los gestos de cortesía y buena educación en familia y en el trato con las personas cercanas (213), donde aprendemos el respeto por los demás y la capacidad de convivir en armonía con todos.

La educación estética (215) en sus varias formas —buena literatura, artes plásticas, cine, etc.—, para poner a la gente en contacto con los horizontes altos del espíritu humano. En este ámbito, considero importante el contacto con la naturaleza, a través del cual es más fácil experimentarla como un hermoso don que hemos recibido, y que podemos contemplar y gozar con agradecimiento. Esta experiencia de gratuidad y de gratitud ayuda a reconocer la generosidad divina y nos impulsa a ser generosos con los demás, a la vez que aprendemos que no solo pasamos bien cuando *usamos* algo producido.

En este sentido, encuentro especialmente iluminantes los números que el Papa dedica a las virtudes de la sobriedad y humildad, desarrollando la convicción de que “menos es más” (222-227). El hecho de ser capaces de gozar “más” con “menos” consumo, refuerza la convicción de que la felicidad verdadera consiste sobre todo en gozar *por lo que soy* —una persona *buena*, o que intenta serlo; una persona *querida* por los demás, y especialmente por Dios— y no tanto *por lo que tengo*. Aquí radica la fuerza “liberadora” de la sobriedad cristiana, que nos ayuda a no tener que “picotear aquí y allá, buscando siempre lo que no tenemos” (223), a vivir con serenidad nuestras relaciones (225).

También son importantes las iniciativas en las que se dedica tiempo a los demás, sobre todo a las personas necesitadas. En estas experiencias podemos “volver a sentir que nos necesitamos unos a otros” (229), que con mi servicio generoso puedo hacer feliz a otras personas y que es entonces cuando yo mismo soy más feliz

Pero entre todas las experiencias encaminadas a generar estas nuevas convicciones, un lugar central lo ocupa la Eucaristía, sobre todo la del domingo (236-237). Allí se hace presente el misterio pascual de Jesús, el momento que concentra el ofrecimiento perfecto de su vida por los demás, siendo realmente *las manos de Dios* para nuestra salvación, sin sombra de egoísmo alguno. El *contenido* de nuestra conversión, esa “nueva lógica” a la que el Papa nos convoca, se hace realmente presente en el sacrificio eucarístico de Jesús en cada misa, y nosotros estamos llamados no solo a contemplar lo que sucede allí, sino a unirnos a él, a ofrecernos con él, entrando en *su* lógica para que se convierta también en *nuestra* lógica. Por eso afirma el Concilio Vaticano II que los fieles, “participando del

sacrificio eucarístico, *fuerza y cumbre de toda la vida cristiana*, ofrecen a Dios la Víctima divina y se ofrecen a sí mismos juntamente con ella” (LG 11). La Eucaristía es “fuente” porque de allí sale toda la energía que necesitamos para vivir como cristianos en medio del mundo: allí está lo que tenemos que imitar —el sacrificio generoso de Jesús, nuestro modelo— y toda su gracia para que nosotros seamos capaces de realizarlo en la vida cotidiana. Y la Eucaristía es también “cumbre”, pues el cristiano desea ardientemente ofrecer a Dios, junto con el sacrificio perfecto de Cristo, el fruto de sus propios sacrificios por hacer de este mundo un lugar mejor, y de este modo les da el sentido adecuado y un valor infinito. Así se entiende que “la Eucaristía es también fuente de luz y de motivación para nuestras preocupaciones por el ambiente, y nos orienta a ser custodios de todo lo creado” (236), y que entonces cada domingo “se ofrece como día de la sanación de las relaciones del ser humano con Dios, consigo mismo, con los demás y con el mundo” (237). Pero, ¿cuántos cristianos son conscientes de toda esta riqueza contenida en la Eucaristía, hasta el punto de decir, como los mártires de Abitinia: “*sine Dominico non possumus*”, sin la Eucaristía dominical no podemos vivir²³? ¿qué esfuerzos hacemos, cada uno en nuestro lugar, para transmitir la importancia de la Eucaristía para la vida cristiana, ayudando a entender y vivir cada uno de sus detalles²⁴?

Como se ve, se trata de sugerencias bastante concretas. Cada una por sí misma no resuelve los grandes problemas del mundo, pero todas juntas constituyen un verdadero camino educativo capaz de generar la “reacción moral” (208) que pretende suscitar este *ambicioso* documento.

5. Conclusión

En el documento programático de su pontificado, Francisco nos invitaba a una *transformación misionera* donde “el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario”²⁵.

Es verdad que para afrontar los desafíos ecológicos y sociales de nuestra época no bastan las acciones individuales, son necesarias las “redes comunitarias” (219), las respuestas institucionales (142), pues los problemas son de naturaleza estructural. Sin embargo, si queremos dar una dirección correcta a las soluciones estructurales, es necesario *empezar* por la conversión de los individuos, por superar la lógica del egoísmo²⁶. De lo contrario, faltarían las motivaciones adecuadas para responder a las causas profundas de los problemas y no habríamos respondido plenamente al ambicioso objetivo de *Laudato si’*.

²³ Esta anécdota fue propuesta varias veces por Benedicto XVI para explicar la centralidad de la Eucaristía en la vida del cristiano. Cfr., p. ej., *Homilía en la misa de clausura del Congreso Eucarístico de Bari*, 29-V-2005; Exhort. ap. *Sacramentum caritatis*, 22-II-2007, n. 95; *Angelus del 26-VI-2011*, donde a continuación afirmaba: “En una cultura cada vez más individualista, como lo es la cultura en la que estamos inmersos en las sociedades occidentales, y que tiende a difundirse en todo el mundo, la Eucaristía constituye una especie de ‘antídoto’, que actúa en la mente y en el corazón de los creyentes y que siembra continuamente en ellos la *lógica* de la comunión, del servicio, del compartir, es decir, la *lógica* del Evangelio”.

²⁴ En este sentido, el Magisterio de los últimos papas es muy rico en elementos de catequesis mistagógica. Un libro reciente que recoge mucho de esta riqueza, en un esfuerzo por explicar las partes del rito de la misa con un lenguaje accesible, es J.J. SILVESTRE, *La Santa Misa. El rito de la celebración eucarística* (Madrid 2015), con prólogo del Card. Robert Sarah.

²⁵ FRANCISCO, Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 24-XI-2013, n. 35.

²⁶ En su *Prólogo* al DOCAT, el Compendio de doctrina social para jóvenes, el Papa Francisco propone justamente este camino: “está diseñado como un manual de instrucciones que, poniendo en práctica el Evangelio, nos ayuda a transformarnos *primero* a nosotros mismos, *después* nuestro entorno más cercano y, *finalmente*, todo el mundo” (el resaltado es nuestro). La prioridad de la *conversión personal* en la lucha por el cambio de las estructuras sociales es un tema frecuente en el magisterio social de los años ’80 (cfr., p. ej., JUAN PABLO II, Enc. *Sollicitudo rei socialis*, 30-XII-1987, nn. 35-40).

Además, la enorme complejidad de los problemas estructurales hace que las soluciones técnicas que podemos proponer sean siempre bastante discutibles en el plano de las ciencias empíricas²⁷. Es mejor dejarlas a los expertos y concentrar los esfuerzos evangelizadores en *enseñar a pensar los problemas sociales a partir de las verdades esenciales de nuestra fe*. De este modo, cada uno desde su lugar —en la vida personal, laboral, política, etc.— estará en condiciones de responder a la llamada de ser custodios de la creación y custodios de nuestros hermanos de la mejor manera, proponiendo las soluciones concretas que le parezcan más adecuadas.

Quizá a algunos esto les parezca poco y esperaban encontrar en estas páginas propuestas innovadoras y concretas de comportamientos ecológicos a nivel personal, empresarial o social. En cambio, se han encontrado con unas pocas “convicciones de la fe” acerca de nuestra vocación de cristianos en medio del mundo y con algunos consejos sobre cómo transmitirlos. Si bien es verdad que representan *cuantitativamente poco* —en efecto, no alcanzan para saber inmediatamente qué es lo que hay que hacer, y no nos ahorran el trabajo de indagar las causas de los problemas y de proponer soluciones— pienso que dan *cualitativamente mucho*, pues son las convicciones capaces de dar a la búsqueda la dirección adecuada.

Por eso pienso que *Laudato si'* nos llama a una catequesis realmente *ambiciosa*, que sepa transmitir de modo eficaz estas convicciones a cada uno; una catequesis que no se ahorre esfuerzos por llegar al corazón de cada hombre para contagiarlo con la *lógica del Evangelio*. Los elementos para lograrlo están todos en la encíclica. Ahora hay que ponerla en práctica, con la ayuda de Dios.

²⁷ Al respecto, encuentro particularmente iluminante el trabajo de F. DEL PINO CALVO-SOTELO, “La sombra de Galileo”, en: CHICA ARELLANO – GRANADOS GARCÍA, 239-274. Con gran respeto hacia el Magisterio, comenta que a nivel de las ciencias empíricas son bastante opinables algunos diagnósticos y soluciones concretas a la crisis socio-ambiental que propone *Laudato si'*.